



## LA ÚLTIMA MODA

---

### I.

**E**N qué quedamos?... ¿Es, en efecto, la mujer rubia el tipo definitivo de la belleza humana, correspondiente á la cara mitad del hombre, ó este privilegio es, por juro de heredad, propio de las mujeres morenas?....

El arte no ha resuelto todavía esta cuestión suprema.

Hace mucho tiempo que la *moda*, indecisa, fluctuaba entre esos dos grandes poderes, que desde el principio del mundo se disputan el dominio del hombre; mas ya parece que ha resuelto poner el cetro de la belleza en las preciosas manos de las mujeres rubias.

¿Habrá en esta resolución de la moda alguna intriga diplomática de la astuta Inglaterra?

Acaso Bismarck, en la audacia de su genio pol -

tico, pretende ensanchar los dominios del rey Guillermo, anexionando á Prusia toda la bella mitad del género humano; reivindicando, por decirlo así, los derechos de la raza sajona á poblar el mundo.

El gran Canciller ha podido advertir que, por regla general, en Alemania las mujeres son blancas como la nieve y rubias como el oro; y partiendo de este hecho incontestable, es bastante verosímil que en sus horas de más profunda meditación se diga á sí mismo:

—¿Rubias las alemanas...., eh?... ¡Soberbio!.... La cosa es clara: todas las mujeres rubias pertenecen á Prusia.

Para llevar á cabo esta empresa gigantesca, en la simplicidad de sus recursos heroicos habrá encontrado probablemente un medio seguro, á saber: sobornar á la *moda*.

## II.

También es posible, y aun probable, que la moda misma, arrastrada por la corriente irresistible del siglo, haya llegado á comprender, por su propia reflexión, que los cabellos de oro han de ser forzosamente á los ojos de los hombres el más poderoso de los atractivos.

Ello es que las mujeres morenas empiezan á perder el pleito, y si alguna obtiene algún éxito, es únicamente la *Africana*, pobre Reina, que al fin,

abandonada por Vasco de Gama, se decide á morir bajo la sombra mortal del manzanillo.

Así es que las españolas, y sobre todo las que respiran en las más altas regiones de la moda, han comprendido que es absolutamente indispensable ser rubias, rubias á toda costa.

Urgía, pues, corregir ese descuido de la naturaleza, recurriendo á los secretos inagotables del tocador, y he aquí que la transformación se verifica, y los paseos, y los teatros, y los salones se pueblan de hermosas cabezas rubias.

Parece que cada mujer lleva sobre la frente en magníficos raudales la felicidad del género humano; de sus bellas cabezas brota un manantial inagotable, la friolera de un río de oro.

## III.

Una morena del día anterior, arrogante y espléndida, que por un olvido, probablemente involuntario, conserva todavía los ojos negros, pregunta á sus amigos:

—¡Eh, señores! ¿Qué tal estoy de rubia?....

—¡Oh! (exclaman todos): encantadora.

Otra, que sería verdaderamente rubia si no brillara en sus rizos una sombra demasiado oscura, y que sería completamente blanca si no corriera por la suavidad de su tez una tinta imperceptible, semejante á la que forman la primera luz del día que

amanece y la última obscuridad de la noche que se disipa, consulta el efecto total de su transformación con el espejo.

Pero el espejo, menos lisonjero que los amigos y más fiel que los hombres, mueve, si me es permitido decirlo así, la cabeza, en señal de no hallarse completamente satisfecho.

Ella entonces aparta el semblante, arquea las cejas, y exclama:

—¡Dios mío!... ¿Por qué los ojos pardos no han de ser también azules?...

¿Y es esto un vano capricho?...

Tal vez no; la moda no es tan atolondrada como parece; guarda sus reglas, profesa sus principios, y, como todas las cosas humanas, va á su fin.

Como regla general, se propone ante todo desfigurarse á las mujeres, sujetando su natural belleza á las extravagancias de los últimos adornos, de tal manera, que muchas veces es bien difícil conocerlas.

Y, en verdad, ¿no es eso lo que ellas desean?...

Todo cuanto la *moda* inventa es bello. Fugitivo sin duda; pero sus extravagancias tienen siempre éxito. ¿Y por qué no?... ¡Lo que es pasajero es tan agradable!...

El secreto de la *moda* consiste en que no sea moda más que lo presente, lo del momento, aquello que tenemos delante de los ojos, tan cerca, que no podemos verlo como es; y no es posible distinguir juiciosamente una moda hasta que pasa, hasta que

se coloca á esa distancia en que las cosas se ven como son.

Así es que toda moda que se acerca es bella, y toda moda que se aleja, horrible. Al venir nos sonríe; al irse se ríe de nosotros. Primero nos engaña, y después se burla de nuestro engaño.

El encanto de la *moda* consiste pura y simplemente en que es moda.

¡Ah! Lo último posee siempre una atracción irresistible: la última moda y el último amor se parecen.

#### IV.

No hay nada que hermosee tanto el semblante de la mujer como la honestidad; nada que la embellezca tanto como el pudor. Convengo en ello. Son un nuevo incentivo, un nuevo encanto.

Dios ha puesto el pudor en el alma de la mujer como el más bello de sus atractivos, y lo confieso: la mujer que descubre en sus mejillas el hermoso color de la honestidad, adquiere el prestigio de un poderoso encanto, que la hace más seductora á los ojos de los hombres que no sean ciegos.

Es cierto; pero el pudor y la honestidad son dos adornos demasiado antiguos. Mírese como se quiera, ello es que no ofrecen novedad ninguna.

El imperio de la *moda* es permanente, por lo mismo que es inconstante.

Un nuevo amante y una *toilette* nueva: he ahí una dudosa alternativa.... ¿Á qué lado se inclinará la balanza de su corazón? No quiero saberlo.

¡Los lazos del cariño!.... ¡Los lazos de la familia!.... Muy bien; nada hay que decir contra ellos; pero el lazo que la moda ha hecho célebre en este momento.... ¡Oh, ese sí que es lazo!....

No le demos más vueltas, y digámoslo de una vez: si no hubiera *modas*, todos seríamos antiguos.

La moda es, pues, indispensable para el rejuvenecimiento continuo del género humano, y es además inevitable, porque sin ella tal vez se pueda comer, quizá se pueda dormir....; pero, ¡bah!, vivir es imposible.

Ella es la que por su propia autoridad ha decretado al fin el imperio de las mujeres rubias; y al presentar el último modelo de la belleza á que deben aspirar todas las mujeres, ha incurrido en una gran injusticia. Porque.... vamos á cuentas: ¿qué va á ser desde hoy de las mujeres morenas? ¿Qué han de hacer de su tez suave, sí, pero obscura; de sus ojos grandes, sin duda, pero enlutados; de sus rizos abundantes, pero al fin negros como la noche?

Por de pronto, pondrán el grito en el cielo de los espejos, y clamarán contra la tiranía de la naturaleza, que las condena á ser morenas cuando la moda las obliga á ser rubias.

Y dirán:

—¿Qué es esto? Cuando se han destrozado mi-

llares de hombres, á propósito de la emancipación de los negros, en las apartadas regiones del Norte de América, ¿será posible que aquí, en Europa, se sujete á las mujeres que llevan en su semblante el fuego del Mediodía al yugo insoportable de las mujeres rubias? ¿Por dónde esta mujer que sonríe sin alegría, y mira sin rayos, y llora sin penas, ha de ser el modelo de la mujer hermosa? ¿No poseemos nosotras la gracia, que es al fin y al cabo la esencia de la belleza?

#### V.

Declaro ingenuamente que no sé qué contestarles; pero la *moda* es moda, y su condición inevitable es imponer la ley del momento. Momento fugaz, pasajero; mas entretanto, la tez morena, los ojos oscuros como el abismo y los cabellos negros como azabache, son, cuando menos, de mal gusto.

Pero.... no hay que afligirse: la industria tiene recursos para que la naturaleza se someta á la *moda*, y pone al alcance de todas las mujeres cultas el medio de ser alternativamente morenas ó rubias, según el caso y las circunstancias.

Confundir la diversidad de aspectos que la mujer presenta es, por lo menos, llegar á lo supremo del arte; es la variedad en la unidad.

Una misma mujer puede ser alternativamente blanca ó morena, rubia como el oro y negra como el ébano.

Y he aquí al hombre casado en la probable contingencia de encontrarse de la noche á la mañana.... ¡friolera!.... con dos mujeres propias: la morena y la rubia.... ¡Santo Dios!.... ¡Como si no tuviera bastante con una sola!

El amante más fiel sentirá en su corazón una inquietud continua, una doble inquietud, porque se verá obligado á exclamar unas veces:

—¡Esta morena me vuelve loco!

Y otras:

—¡Esta rubia me hace perder el juicio!

Para un hombre económico en materia de mujeres, el lance debe ser muy serio, porque, sin saber cómo, se encontrará suspenso entre dos fuerzas iguales y contrarias, como si dijéramos, entre la espada que le hiere y la pared que le cierra el paso; entre una morena que le abrasa y una rubia que le enternece. Esto es, entre la misma mujer que le deslumbra con los resplandores del día ó le ciega con las sombras de la noche.

La situación de ella no será menos original; se mirará á sí misma de reojo con inquietud, con sobresalto...., tal vez con envidia; si es morena, porque es morena; si es rubia, porque es rubia.

Y hablándose á sí propia en el fondo de su pensamiento, se dirá:

—¡Oh!.... Tengo celos de mí misma.

## VI.

Delante del hombre á quien en aquel momento prefiere su voluntad ó su capricho, y aun quizá su corazón, siente la acerba curiosidad de sus extraños celos, y le sonríe y le pregunta:

—¿Á quién quieres más?....

Y él contesta, como cualquiera, como todos:

—Á ti.

Y ella mueve la cabeza con inquieta desconfianza, y le pregunta de nuevo:

—¿Á mí, ó á mí?.... Es decir, ¿á la rubia ó á la morena?....

Y él, recogiendo en una sola imagen los encantos de ambas, le dirá probablemente:

—A las dos.

—¡Perjuro!....—exclamará.

Y si es morena echará fuego por los ojos, y si es rubia caerá por sus mejillas sonrosadas un torrente de lágrimas.

¿Qué ha de hacer el que se encuentre en este caso más que encogerse de hombros? Pues bien: se encoge de hombros. Hace más todavía: baja la cabeza para ocultar que se sonríe; pero la tempestad ruge, digámoslo así, por los dos puntos opuestos del horizonte.

## VII.

Los ojos de la morena relampaguean, y su voz truena, diciendo :

—¡ Infame!.... Yo quiero ser sola.

Y la rubia, entornando los ojos como un cielo que se nubla, llorará á mares, sollozando :

—¡ Ingrato! ¡ Amas á otra!

Y él dirá á la rubia :

—Deja de ser morena.

Y ella replicará :

—No puedo.

Y le dirá á la morena :

—Pues bien: deja de ser rubia.

Y ella replicará al golpe :

—Es moda, es la última *moda*.

## VIII.

No tengo empeño en hacer creer la realidad auténtica de esta escena, y dejo al lector en libertad de tomarla como inverosímil ó desecharla por increíble. Pero sustitúyase al hombre con un espejo, y ya esa escena inverosímil é increíble empezará á ser más probable.

De todas maneras, yo la he entrevisto del modo que acabo de escribirla, pensando en las transfor-

maciones que á mi ociosa curiosidad ofrece el capricho de la *última moda*, que, sea como quiera, pone á los maridos en el peligro de tener dos mujeres, y ¡oh absurdo!...., á los hijos en la inconcebible contingencia de tener dos madres.

FIN.

